

CAPÍTULO III

Métodos para el estudio de la Psicología política.

En la Psicología política, como antes en las otras ciencias, los hechos primero y después la interpretación, permiten deducir las leyes.

En la política, la observación de los hechos es mucho más fácil que su interpretación, es decir, que la determinación de sus causas y la previsión de sus consecuencias. El ejército francés fué derrotado en 1870; he aquí un hecho conocido de todos; pero ¿por qué fué derrotado? ¿Qué reformas debería sufrir á fin de evitar un nuevo fracaso? Las dificultades se acumulan y las explicaciones son muy diversas. Para convencerse de ello, basta examinar las teorías contradictorias reveladas por la serie de reglamentos militares dictados durante veinte años, ó sencillamente los escritos de los especialistas. Si la interpretación de los fenómenos sociales fuera fácil, estaríamos de acuerdo en todo, cuando en realidad no lo estamos en nada.

Por tanto, aunque los hechos políticos, que componen parte de la vida diaria, sean de fácil observación, la determinación de sus causas es, por el contrario, difícil, y lo es tanto más, cuanto que el suceso del que tenemos conciencia no es más que una parte muy pequeña del suceso mismo.

En tal estudio, la simple intuición no basta: son

necesarios métodos rigurosos, que son del mismo orden que los empleados en las ciencias, en la Historia natural especialmente. El psicólogo debe proceder de una manera semejante al naturalista, que haciendo resaltar por un análisis atento las realidades escondidas en engañosas apariencias, reúne un conjunto de fenómenos de diferente aspecto. Así se ha llegado á clasificar la ballena con los mamíferos, en lugar de considerarla como un pez. Para el observador superficial la ballena parecía evidentemente más relacionada con el tiburón que con la ardilla, y, sin embargo, con esta última se la debe clasificar. En política, desgraciadamente, las apariencias llaman la atención únicamente y no las relaciones ocultas.

Las generalidades que preceden demuestran que la primera dificultad de la Psicología política es la de descubrir los factores directos ó indirectos de los sucesos, y de no atribuir á una sola causa, como se hace generalmente, lo que es consecuencia de muchas. Nunca se insistirá suficientemente sobre este particular. Para demostrar su importancia, consideraré un caso concreto y relativamente sencillo—la extensión del socialismo—y por la mera enumeración de algunos de los factores que han determinado esa propagación se evidenciará su complejidad.

*
*
*

En la base del socialismo se encuentra primeramente un elemento fundamental: la esperanza. Esperanza de mejorar su suerte y de crearse un porvenir venturoso. Este factor posee seguramente un gran poder, pero por sí sólo no suministra más que una explicación incompleta del problema, ya que la

esperanza de mejorar su destino ha constituido en todos los tiempos uno de los principales móviles de la actividad de los hombres. Iremos más lejos recordando que antiguamente era mucho menos necesario que hoy mejorar la vida, puesto que había esperanzas en un mundo futuro, sobre cuya realidad nadie tenía la menor duda, mientras que hoy nadie piensa en él. Lo que el hombre esperaba antiguamente de otra existencia, confía hallarlo hoy en ésta. De este modo, la explicación de la propagación del socialismo comienza á precisarse más.

Un nuevo elemento de interpretación aparecerá si se observa que el socialismo, cuya forma humanitaria se acentúa de día en día, ha venido á ser una religión que tiende á reemplazar á las que están en camino de desaparecer. La psicología moderna enseña que el sentimiento religioso, es decir, la veneración al misterio y la necesidad de someterse á un credo capaz de orientar nuestros pensamientos, es una tendencia irreductible del espíritu. El apóstol socialista es un clerical que ha cambiado el nombre de sus dioses; su alma permanecerá saturada de una ardiente religiosidad. En el periódico *L'Humanité* del 30 de Noviembre de 1909 leemos que el joven profesor de la Sorbona que abrió recientemente la escuela socialista *dirigió, como era natural, una invocación conmovedora á la diosa Razón.*

Los factores psicológicos que acabamos de indicar presentan un carácter general que les hace aplicables á todos los pueblos; aun cuando es indudable que el socialismo, según el país, reviste formas diversas. Por tanto, ciertos elementos de interpretación deben de tenerse en cuenta al lado de los precedentes.

Encontraremos primeramente la influencia de la

raza, es decir, las disposiciones hereditarias de las naciones que difieren profundamente, y por ello, el socialismo es una etiqueta común que traduce aspiraciones muy distintas. ¿Cómo podrían ser de la misma naturaleza pueblos de instintos opuestos, los de los Estados Unidos, por ejemplo, fundados exclusivamente en su energía, en su iniciativa individual, y aquellos dominados, como los latinos, por la irresistible y perpetua necesidad de la protección de un amo?

Además de las aptitudes de raza, interviene otro factor sociológico de capital interés: el pasado. Es evidente que pueblos centralizados desde hace siglos bajo la mano de un Estado que reglamenta los menores detalles de su vida social, industrial, comercial é incluso religiosa, no podrían poseer las mismas aspiraciones, las mismas tendencias que naciones jóvenes que no tienen detrás de sí más que una ligera tradición política, incapaz, por tanto, de pesar duramente sobre su historia.

El colectivismo estatista, que nos invade cada vez más, fué practicado en realidad en todos los tiempos por nuestras monarquías, y por ello nuestros pueblos latinos vuelven á él con facilidad. Las minuciosas reglamentaciones de Colbert formarían un excelente capítulo de un tratado de socialismo estatista.

Considerado hoy el Estado como una dignidad protectora, todos los partidos, todas las clases llegan naturalmente á pedirle que intervenga en sus negocios y que defienda sus intereses. En un principio fueron los industriales los que pidieron protección á fin de enriquecerse, con los derechos de aduana, las primas, las subvenciones, etc. De este modo se destruía evidentemente la competencia, pero al mis-

mo tiempo se paralizaba toda iniciativa y, por consecuencia, todo progreso. Las clases obreras, que llegaron á ser poderosas por su número, reclamaron á su vez la protección del Estado, en contra de los amos de la industria, y al ceder ante sus exigencias se siguió cada vez más el camino del socialismo iniciado por los proteccionistas.

El Estado, para satisfacer cada día mayores exigencias, emprendió el camino de la arbitrariedad despotica y de la expoliación: retiros obreros obligatoriamente pagados por los patronos, es decir, caridad forzosa á sus expensas; reversión de los ferrocarriles y extensión progresiva de los monopolios á fin de transformar á los obreros en funcionarios del Estado, etc.; pero todo esto costaba muy caro y el engranaje de las cosas se desenvuelve fatalmente y por ello los legisladores se han visto obligados á imponer gravosas contribuciones progresivas á los capitalistas, sin comprender que el escaso número de aquéllos hará irrisorias las sumas que se obtengan. Esta expoliación producirá finalmente la ruina de las grandes industrias, llegándose, por último, á la igualdad en la miseria. Éste será el resultado del sueño de tantas almas en las que domina el odio á los superiores.

La enumeración que acabamos de hacer de los factores de la evolución socialista, aunque extensa, no los comprende á todos... Es menester investigar cómo las doctrinas se propagan en las multitudes, y por qué palabras y fórmulas muy vagas poseen algunas veces tanto poder. Y al examinar esto, nos encontraremos en presencia de nuevos factores importantes creados por la especial mentalidad de las multitudes. Pero no bastaría esto para estudiar las

causas de la extensión del socialismo, puesto que cuenta adeptos no sólo entre multitudes analfabetas, sino también entre profesores y burgueses acomodados, satisfechos de su suerte. Intervienen, por tanto, otros factores psicológicos y especialmente el contagio mental por imitación. Este contagio se encuentra siempre en el origen de las grandes creencias y explica su extensión.

*
*
*

Si tantos factores obran en un fenómeno social, debe ser muy difícil determinar sus influencias respectivas. El problema es arduo, en efecto. ¿Cómo resolverlo? Se ha intentado su solución por dos métodos distintos: uno muy sencillo, otro bastante complicado. El método sencillo, y por esta razón usado generalmente, consiste en suponer á los fenómenos engendrados por una causa única y de fácil comprensión; de este modo no es difícil encontrar remedio aparente á todos los males. ¿Los obreros de un país se encuentran descontentos de su suerte? Decretemos un impuesto sobre la renta que despoje á los ricos para enriquecer á los trabajadores. ¿La población de un país se halla estacionada? Establezcamos pesadas cargas sobre los ciudadanos que no tengan bastantes hijos. ¿Tendrían por eso más? Sólo podrían dudarlos economistas recalcitrantes.

Razonando de esta forma, los políticos de escasa mentalidad han dictado detestables leyes.

Veamos ahora qué método debe seguir el observador que quiera utilizar las enseñanzas de la Psicología política. Un suceso social cualquiera trae,

generalmente, como consecuencia un gran número de factores inmediatos ó lejanos, y la primera regla consistirá en separarlos y la segunda en calcular exactamente el valor de cada uno de ellos. Así opera el médico en presencia de un fenómeno que puede derivarse de muchas causas. Su trabajo es relativamente fácil, porque experiencias repetidas le permiten comprobar sus primeras deducciones. Pero para los fenómenos políticos, la única guía consiste en la observación exclusivamente y no en la experiencia. Cierto es que las experiencias sociales no faltan; son, en efecto, innumerables, pero no dependen de nuestra voluntad. No pudiendo repetir las, estamos reducidos á interpretarlas. Sabido es á qué disparidad de criterios han conducido esas interpretaciones y en qué descrédito ha caído por ello la Sociología.

No es realmente posible determinar el valor de un factor sino viéndole obrar de un modo parecido en tiempos y pueblos diferentes, y cuando los otros factores han permanecido invariables. Como se ve, esto es algo como la aplicación del método llamado de las variaciones concomitantes. No aplicado más que á casos sencillos, las consecuencias que se deducen son de escasa utilidad: el anarquismo engendra el cesarismo; los pueblos débiles son conquistados por los pueblos fuertes, etc. Sin embargo, se facilita la disociación de elementos generadores de un suceso, por la demostración de que cada fenómeno social es generalmente resultado de dos categorías de factores muy distintos: los unos permanentes y los otros transitorios. Los primeros obran de un modo constante en todos los fenómenos; así, por ejemplo, la raza, es decir, las disposiciones hereditarias; el pasado social, que

comprende los sentimientos religiosos, políticos y sociales fijados en el alma de los pueblos, y que llegan á hacerse estables por un largo pasado.

Los factores transitorios cambian, por el contrario, con frecuencia, pero obran sobre el fondo poco movable del residuo de las generaciones pasadas, de las que siempre están influídos. Por este motivo, pueblos de raza diferente, sometidos al mismo tiempo á los mismos factores transitorios, reaccionan de maneras distintas. Cierto es que la Historia, algunas veces, parece demostrar que un pueblo puede, por lo menos en apariencia, transformar sus creencias, sus instituciones y sus artes; pero bajo los nuevos aspectos exteriores el pasado reaparecerá siempre, y no tardará en modificar las formas que se hayan adoptado momentáneamente por violentas revoluciones.

Las influencias de la raza y del pasado, generalmente olvidadas, en cuanto invisibles, son, en realidad, las más necesarias de estudiar, ya que son las que dominan, efectivamente, toda la evolución de un pueblo. Así, por ejemplo, en Francia, aun en los momentos de las agitaciones políticas más variadas, encontramos dos principios fijos, que han dirigido invariablemente sus actos y que son comunes á todos los pueblos latinos: primero, la creencia en el poder transformador del Estado, y segundo, la confianza inquebrantable en la potencia absoluta de las leyes. Estos dos principios, que estudiaremos en varios capítulos, han dado origen á la extensión del estatismo y al desenvolvimiento del socialismo colectivista, que no es más que el coronamiento de aquél.

En lo que se refiere á la raza, sus características fundamentales y generales son poco numerosas, y,

por tanto, su estudio no es muy complicado. Se sabe ya mucho de los americanos de los Estados Unidos y de su posible porvenir cuando se observa alguno de sus caracteres esenciales, tales como la energía, la confianza en sus propias fuerzas, el optimismo, la necesidad de justicia y de libertad personal, el hábito de la iniciativa, que suple á la intervención del Gobierno. Mientras que algunos pueblos no pueden ser estudiados sin el conocimiento previo de su gobierno, el ciudadano de los Estados Unidos debe, por el contrario, ser observado independientemente de su gobierno; reducido á sus propias fuerzas, progresa sin ninguna ayuda, y este carácter psicológico, por sí solo, bastará para trazar su destino.

Un examen análogo de las tristes repúblicas latinas de América, incapaces de salir de la anarquía en que vegetan, muestra igualmente un escaso número de caracteres psicológicos fundamentales dominando toda su historia.

Por tanto, el conocimiento de los grandes factores generales que determinan, ó por lo menos orientan á los demás, simplifica algo el problema de la Psicología política. De todas suertes, éste es muy difícil. Son tan numerosos los factores transitorios que obran al lado de los factores permanentes, que su complejidad desconcierta toda lógica. ¿Cómo determinar su influencia?

Se observa que, además de los grandes factores irreductibles, cuya acción acabo de anotar, existe en cada momento un escaso número de principios directores que encauzan los pensamientos y los actos en un mismo sentido. Así, por ejemplo, la política del segundo imperio fué orientada por el principio llamado de las nacionalidades; de igual modo,

el socialismo actual evoluciona bajo la influencia de una idea dominadora: la igualdad de las clases sociales bajo la tutela del Estado.

••

De todas estas consideraciones resulta que en la génesis de un suceso figuran siempre numerosos elementos, pero de variable importancia. El papel de la Psicología política consiste principalmente en saber determinar esta importancia, en discernir cuál es la principal y eliminar la accesoria.

La eliminación de los factores secundarios es tan difícil en política como en otra ciencia cualquiera, tales como la Física ó la Astronomía, y, sin embargo, es muy necesaria.

Con los progresos científicos actuales, la génesis de todo fenómeno aparece infinitamente compleja. La simplicidad de las causas procede de la insuficiencia de nuestros medios de observación. Un peso colocado en el platillo de una balanza no es atraído exclusivamente por la Tierra, ya que la Luna y todos los demás astros influyen sobre él; pero los millares de atracciones son tan pequeños en comparación de la ejercida por nuestro planeta, que las restantes se desprecian.

Toda la sagacidad del sabio consiste en aprovechar los factores principales de un fenómeno, y prescindir de los otros. Kepler no consiguió formular sus leyes sino prescindiendo de las perturbaciones accesorias que modificaban débilmente el curso de los planetas. El verdadero hombre de Estado debe proceder de modo semejante al citado sabio, y recordar que tal factor, sin importancia en un momento dado, puede adquirirla en otro. El fi-

sico considera como verdadera la ley de Mariotte, porque prescinde de elementos demasiado accesorios para modificarla visiblemente en las condiciones habituales de temperatura; pero sabe también que cuando los gases se encuentran en cierto momento crítico, los factores de que justamente se había prescindido al principio son entonces los preponderantes. La ley es entonces inexacta y es necesario sustituirla por otra.

* *

La noción de la ley absoluta, tan en boga para los sabios del siglo pasado, tiende á desaparecer gradualmente de la ciencia. Los principios de la Psicología política no son tan inflexibles como los de las leyes físicas; se hallan influídos constantemente por la intervención de elementos imprevistos. Así, en ciertos momentos, la influencia de los factores habituales desaparece ante bruscas corrientes de opinión. Si el estadista conoce su mecanismo, puede hacerlos surgir, ó por lo menos orientarlos, como consiguió Bismarck en 1870. Estos súbitos movimientos de opinión constituyen una fuerza moral tan irresistible algunas veces, que ningún poder es capaz de dominarla. Napoleón mismo sabía que no es posible luchar contra ciertas corrientes. Muchas de sus cartas lo demuestran plenamente. «Son los hechos—escribía—los que hablan. El espíritu público es el que domina... Jamás he sido dueño de mí, siempre he sido gobernado por las circunstancias.»

La potencia, así como la movilidad de estos movimientos populares, se revela en cada página de nuestra historia. Entre otros ejemplos, podemos

citar la epopeya imperial, la restauración monárquica, el romanticismo, el segundo imperio, la aventura de Boulanger, etc. El *Prince* de Maquiavelo se llama hoy la multitud. Su poder es formidable desde el momento en que todas las voluntades se orientan en una sola dirección. Una tal orientación no durará largo tiempo, y el hombre de Estado debe saberlo.

Las corrientes populares de una época son mal apreciadas por los hombres de su tiempo. Al comienzo de la Revolución nadie preveía el porvenir terrible que se preparaba. Se ha dicho, con razón: mientras el navío zozobra, los pasajeros se congratulan del naufragio. Mme. de Genlis, institutriz de los príncipes de Orleans, llevó á éstos á ver la demolición de la Bastilla. La nobleza miraba todo este movimiento con tanta simpatía como nuestra ciega burguesía ha contemplado la primera huelga de carteros. Entonces, como hoy, nadie comprende que los fenómenos psicológicos tienen una necesaria trabazón y que cada uno de ellos es origen de los demás. Todas estas causas, acumuladas en el mismo sentido, producen, como en mecánica, un fatal movimiento acelerado.

Se ve hasta qué punto es difícil en la actualidad la misión de los jefes que quieran prudentemente gobernar, y lo es tanto más cuanto que, teniendo una mentalidad diferente de la multitud y obedeciendo á otros móviles, no saben siempre comprenderla ni expresarla.

No se conoce bien á los hombres de una clase si no se ha pertenecido á ella. Por esto, los directores de la Confederación del Trabajo, que han surgido de las masas populares, consiguen hacerse obede-

36923

cer tan perfectamente. Se preocupan poco de los elevados principios, de las bellas teorías humanitarias, sabiendo que las multitudes no las tienen para nada en cuenta. Inaccesibles las multitudes á todo razonamiento, aceptan sin discusión creencias condensadas en fórmulas breves y violentas y se someten sin protesta á las órdenes más imperiosas, á condición de que sean dictadas por hombres ó comités revestidos de prestigio.

Cierto que esos directores poseen una psicología muy rudimentaria, si bien admirablemente adaptada á la mentalidad de las almas á quienes dirigen; su horizonte es estrecho, pero lo conocen. Saben á dónde van y lo que quieren. No ignoran los errores de los políticos; sus consejos serían extraordinariamente útiles para nuestros gobernantes. Por esto, cuando el gobierno cedía á las amenazas de los empleados de Correos, uno de los jefes del sindicalismo demostró plenamente en un artículo que los dirigidos cometieron una falta imperdonable dando á conocer su fuerza á los agentes que la ignoraban.

* * *

La reunión de todos esos factores lejanos ó cercanos, estables ó transitorios, representa lo que se podría llamar la ecuación social de una época. De la solución perfecta de esta ecuación depende con frecuencia el porvenir de un pueblo. La necesidad bastaría generalmente á resolverla, si los legisladores no interviniesen para perturbar el juego de los factores que las leyes naturales tienden siempre á equilibrar.

La enumeración de los elementos generadores de la evolución de un fenómeno social nos ha de-

mostrado su variedad. Observamos igualmente que los más activos son con frecuencia los menos conocidos. Su conjunto constituye una serie de fuerzas invisibles que dirigen el destino de un pueblo. Éste se agita, aquéllas le dirigen. El hombre se semeja con frecuencia al polichinela que se mueve por hilos invisibles.

Esto no obstante, por poderosas que sean estas fuerzas, no debemos soportarlas con triste resignación. Dominada la humanidad por un tal sentimiento, no habría salido jamás del salvajismo primitivo, y no hubiera podido vencer á la naturaleza, por la que en un comienzo tan estrechamente estaba dominado.

Y esto nos conducirá á otro estudio que forma parte de la Psicología política. Reducida á una sencilla ciencia de comprobación, sería un poco frívola. Pero enseña también el arte de prever, es decir, lo que en lenguaje matemático se llama el arte de interpolar curvas, á fin de determinar un número suficiente de elementos.

La Psicología política presenta otra ventaja. Prever es útil, prevenir lo es más. Prever es eliminar las sorpresas del porvenir. Prevenir es anular su acción.

¿Cómo prevenir? La ciencia, al confirmar las antiguas tradiciones religiosas de la humanidad, parece que nos sume cada día más en un estrecho fatalismo. Esto no obstante, ya veremos en uno de los últimos capítulos de este libro, que es posible disociar los elementos de que la fatalidad se compone. Porque disgregar los factores de la fatalidad es aprender á sustraerse á su influjo.